



Houellebecq. Poesía

MICHEL HOUELLEBECQ

Traducción de Altair Díez y

Abel H. Pozuelo

Anagrama. Barcelona, 2012

356 páginas, 38 euros

La posibilidad de una poesía. Poesía incolora, transformadora, revolucionaria. Poesía que no consienta la emoción para que la inteligencia reine. Poesía negadora del yo, traidora a su origen (el autor) y a su patria (el lector). Verso limpio, sin cicatrices de tradición ni estigmas de futuro. Poesía fértil, rota. ¿Posibilidad o utopía?

De él dicen que es controvertido. En absoluto: es Houellebecq. Su preposición favorita es contra: contra la sumisión, contra la insumisión, contra el contra. A Houellebecq parece no gustarle absolutamente nadie, pero eso no le convierte en misántropo. Se siente a disgusto en cualquier sociedad, y sin embargo la sublevación no le interesa, o le da pereza. Desciende de una extraña estirpe de raros de bendita rareza a la que pertenecieron Swift y Borges. Está muy solo, o igual de solo que el resto, sólo que él se da cuenta. A menudo su nombre aparece asociado al de Sartre, pero nunca he entendido por qué. Houellebecq sólo puede existir en un universo post-sartreano. Su sentido del humor es oscuro, invita a la desesperación y no a la reflexión. A semejanza de Baudelaire, o de alguien bastante maldito, cree en la vida como absurdo supremo, pero cree. Escribe sobre ello. Eso es lo peor: negarnos a la renuncia.

Houellebecq nos convoca a hundirnos con él, y allá vamos todos, entusiasmados en nuestra derrota. En cierto sentido, toda su poesía es una glosa a los oasis de horror en los desiertos de aburrimiento. Es también una arenga a la armada de los sensatos, para que no den el siguiente paso, el lógico, hacia la cobardía. Se trata de no hacer nada, pero hacerlo a conciencia: asumir la responsabilidad de nuestra propia irresponsabilidad. Uno de los pensamientos más recurrentes mientras lo lees es: ¿me atrevería yo a escribir esto? O mejor: ¿me atrevería yo a pensar esto? Se parece mucho a la libertad, o a algún poderoso placebo.

Como toda ficción con pretensiones intelectuales cumplidas, la poesía de Houellebecq tiende a la sátira, a la distopía, a marcos más amplios: la gran estructura de las cosas. El mundo en el que respira y muere recuerda a Laputa o a la Biblioteca de Babel: espacios monstruosos, monumentos a la razón humana o divina (es lo mismo) y absolutamente inútiles, cuando no destructivos. Como Gulliver entre los Houyhnhnms o Borges lejos de Bioy Casares, Houellebecq se siente desarraigado, y eso le incomoda. "No respeto al hombre; no obstante, lo envidio" lo acoge en un sistema de pensamiento más próximo a Plauto que a Hobbes, su discípulo. Houellebecq odia a Platón porque Platón es inofensivo: "Cred en la identidad entre lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno".

A él le importan los hombres que son lobos, para otros hombres y para sí mismos. La virtud no es más que una cualidad sublimada y el defecto no existe. La lucha es un comportamiento ridículo, como lo es la ilusión y la esperanza. Es necesario vaciar de contenido al ser

L'AMOUR, L'AMOUR

Consagrarse al ejercicio paciente del cómputo silábico, de la búsqueda de rimas, para expresar desasosiego. Practicar los hábitos añejos de la queja, proclives al grito y a esa cosa infantil del adulto que rompe sus juguetes descontento con el destino trágico de la especie. Abolir (de boquilla, no hay más remedio) el yo y luego buscar identidad, denigrar el modelo social que nos masifica y, de paso, firmar los propios libros. Hallar dicha en la celebración del sufrimiento. Sufrir de tanta soledad con premios, entrevistas, traducciones. Proclamarse incapaz de la nostalgia y a continuación dirigirse, dulzón, a quien no ha sido amado. Menudear la frase aparatosa, la afirmación rotunda. Alojarse en zonas de suciedad, de dolencias. Imprecar. Aborrecer lo único que con certeza existe: el mundo. Incurrir a un tiempo en el escándalo y el soneto. Pregonar lo negativo sin dejar de ser un famoso escritor francés. FERNANDO ARAMBURU

humano para limpiar su fondo, envenenado después de milenios de filosofía descerebrada. Y si uno tuvo el infortunio de resultar poeta, debe asumir su condición y no pedir demasiadas disculpas por ella: "El poeta es un parásito sagrado. A semejanza de los escarabajos del antiguo Egipto, puede prosperar sobre el cuerpo de las sociedades ricas y en descomposición. Pero también hay lugar para él en el seno de las sociedades fuertes y frugales". El ars poética de Houellebecq es la más aterradora de todos los tiempos, porque no la respalda mito alguno. Narra la desconsolada miseria de una criatura que intenta crear verdad (y belleza, y bondad) usando sonidos que salen de su garganta. Cuando eres poeta, la gente suele referirse de ti, y a veces te da premios. Hiperconsciente de su gloria presente e inminente caída, Houellebecq procede a exterminar su ego (que te incluye a ti y a mí) por el método de negar su existencia. Es sólo una posibilidad. Como la poesía.

Fuerte y noble como sus novelas, *Poesía* son cuatro: Sobrevivir, El sentido de la lucha, La búsqueda de la felicidad y Renacimiento. La década de los 90, en verso. Los primeros que se tomaron la felicidad en serio fueron los padres fundadores de Estados Unidos, quienes hicieron de su búsqueda un derecho equiparable a la vida y a la libertad. Cuando Jefferson enunció esto, no sabía lo que hacía. Sus palabras cambiaron el curso de la historia y del corazón



LIBRO DE LA SEMANA | LETRAS

humano, e hicieron posible a Houellebecq. De su verso "No temáis a la felicidad: no existe" lo que importa no es la inexistencia, sino el temor. (Jefferson ya sabía que la felicidad no existe, por eso especificó como derecho su búsqueda.) Lo que el hombre legisla, el hombre lo controla. Pero no hay ley capaz de dominar la vida, la libertad o los sueños. Cuando Houellebecq habla de sobrevivir, no está siendo metafórico: se trata de no morir de hambre o de horror o de dolor. Conjurador de la alienación por

que se sepa, los muertos no escriben poesía. Así pues, a vivir se ha dicho.

Es como una aleación desconocida entre nosotros, kriptonita poética. No es de extrañar que Houellebecq moleste tanto a tantos: lo raro es que le publiquen algo, y que encima la gente lo lea. Naturaleza o arte, Dios o mundo, esto que soy o el otro que eres: él lo refuta todo, excepto la fuerza vital que nos vuelve bestias de supervivencia o nos seduce con el suicidio, dependiendo del día. Somos resistentes, sexuales, creativos: no somos puros sino en la muerte. Somos animales que nadie diviniza. Houellebecq extrae el diamante de la condición humana y nos muestra que es sólo carbón. La pregunta es: ¿por qué reaccionar ante nada? "Nosotros estamos en la posición eterna del vencido", dice. No luches con nadie, porque nadie merece tu lucha, dice con Landor. Houellebecq es un Titán mediático, sabe liderar a los consumidores de ficción, que somos poderoso ejército. Nos hace codiciables para las corporaciones y la industria del entretenimiento. Yo leo "El cuerpo de la identidad absoluta" e inmediatamente amo al amo de esa secuencia de palabras. No existen buenos poetas, sólo personas especialmente aptas para la manipulación por medio del lenguaje. Lo que llamamos grandeza no existe: sólo la posibilidad de poesía. No posibilidad: poesibilidad. **AINHOA SÁENZ DE ZAITEGUI**

LOS ALGEBRISTAS

Ellos flotaban en la noche cerca de un astro inocente,
Observando el nacimiento del mundo,
El desarrollo de las plantas
Y el impuro pulular de las bacterias;
Ellos venían de muy lejos, tenían todo el tiempo por delante.

Ellos en realidad no tenían
Ni idea sobre el porvenir,
Vefan cómo el tormento
La penuria y el deseo
Se instalaban sobre la Tierra,
Entre los seres vivos,
Ellos conocían la guerra,
Ellos cabalgaban el viento.

Ellos se reunieron en la orilla del estanque,
La neblina se levantaba y reanimaba el cielo.
Recordad, amigos, las formas esenciales;
Recordad al hombre. Recordadle largo tiempo.

excelencia, detalla el catálogo de humillaciones que deberemos padecer durante años si deseamos seguir manteniendo vivo el amasijo de órganos que nos permiten pensar. Basta con alimentarlo periódicamente y no sucumbir al pánico de ser mortales. No hay vida digna, como no hay muerte digna. Vida y muerte: eso sí hay. Y

THE WRITELY PHYSIQUE

G Lee más poemas inéditos de Houellebecq en www.elcultural.es